

Libros del Asteroide



Luis Berenguer

El mundo de Juan Lobón

Prólogo de Ignacio Peyró





Torregorda, mayo 1966.

Doctor don José Benavente Campos.

Querido don Pepe: Yo sé que no fue usted el que asistió al parto de Juan Lobón, ni el que diagnosticó, ya desde lo húmedo, que no era como todos. No fue usted de puro milagro.

Por eso le dedico este cuento de cazadores que aprendí de los hombres y los ecos que van dando tumbos por esas serranías del Aljibe, Bermeja y Ronda, en un sitio que no quiera usted localizar en el mapa porque no está allí: está, según se va, tirando para arriba, en la encrucijada de los que nunca perdieron la fe en su destino.

Sonaba todo con tanta insistencia, que hasta celos sentí de que alguien con más merecimientos se me adelantara a escribir esta fábula, que estaba, a medio tiro de escopeta, dispuesta a dejarse matar por el primero que apretara el gatillo.

Hay algo que no quiero dejar de señalar: usted sabe que la gente de esta tierra tiene el buen gusto de abreviar cuanto sobra a las palabras una vez que se han hecho comprensibles. Si yo he utilizado la fonética al uso y no la de los tos y los nas, lo hice considerando que el sonido de un acento que es alma no se puede llevar al papel sin ponerle a la vera un pentagrama con notas musicales. Y yo no sé tampoco música.

Vaya mi envío para usted y para esa humildad que, como las cabras, ramonea todavía en lo subdesarrollado.

Afectuosamente,

LUIS BERENGUER

Cuatro cosas para antes de empezar

A lo primero la ley no era como ahora, que la abuela de don Gumersindo la cambió a su capricho. Antes no era así.

Yo me sé la miga de la de antes aunque no me sepa algunas palabras, que tampoco va a acordarse uno de todo. Así era la de antes:

«Los bichos montunos son de todos y de nadie: del que los trinca. No hay castigo por matarlos.»

«Si el dueño de una tierra no quiere cazadores en lo suyo, eche los bichos fuera. Si no los echa y alguien entra allí a cazar, no hay castigo.»

«Si lo que quiere el dueño es guardar los bichos para cazarlos él solo, que pague. Lo que se saque que lo repartan entre los que se perjudican no entrando allí a cazar.»

«Si a un hombre lo trincan cazando donde lo del otro hombre que ha pagado para que nadie entre en lo suyo, castigo: diez bastonazos. El otro hombre ha pagado, nadie debe entrar en lo suyo.»

«Si no lo trincan, sino que el dueño se entera cuando el que entró anda en lo libre y no en lo suyo, castigo para el guarda de lo suyo: diez bastonazos. Para el que entró no hay castigo: se la jugó y ganó, pagó ya con el miedo. Si el dueño es el guarda, tampoco hay castigo; pagó con el berrinche.»

«No le quites el arma al cazador: es sus pies y sus manos. Si merece castigo, dale bastonazos, pero no le quites el arma.»

La ley antigua decía más cosas, pero no eran asunto de cacerías y es tontera ponerlo aquí todo.

Yo la leí siendo muy chico y padre me la empapaba para hacerme el entendimiento. Esa ley venía puesta en un libro muy gordísimo, con estampas, que padre cogió en la basura de la Zarza, un libro que le decían *La Esfera* y que contaba todo lo del mundo.

Decía padre que la abuela de don Gumersindo tiró aquel libro para que nadie supiera cómo era la ley de la verdad, la de antes, para que nadie le viniera a calentar las orejas con comparaciones.

Los papeles lo cambian todo si tienes influencia y convidas a este y al otro que los escriben. Eso hizo la abuela de don Gumersindo, que siempre trajo el mundo revuelto con sus caprichos.

Nunca me gustó ver un reclamo de pájaro perdiz y ahora menos, ahora que me sé lo que es llamar al campo que queda por fuera de la reja.

Tan malo es esto que me he puesto a escribir.

Don Fermín, el alguacil, se troncha de reír cuando le digo que voy a llenar un libro con mis cosas. Yo de pluma sé para mi avío y, si un libro son palabras de las que yo sé poner, a don Fermín y a su risa les pueden ir dando.

Un libro de novios, o de fulanas y cosas de esas, no digo yo que fuera capaz de inventarlo. Para eso hace falta tener mucho en la cabeza, ya lo sé yo sin que me lo diga don Fermín, pero de lo mío, de lo que yo sé, ¿por qué no voy a contarlo?

Si estuviera libre, claro que no escribiría, ni perdería el tiempo en tonteras, que esto no es lo mío, ni razón tendría de hacerlo. Ahora la tengo.

Yo soy Juan Lobón y estoy aquí no por robar una caballería, no por matar un hombre, ni por lo que es razón. Aquí me trajeron porque la cuerda siempre se rompe por lo más flojo, por-

que la justicia tiene la querencia del que más puede y porque la ley es mala.

Si me hubieran puesto a la sombra por hacer lo mío, a la sombra estaría por la verdad, no que ahora lo estoy por la mentira.

Soy cazador y no soy ladrón. Viví siempre de mi oficio como otros viven del suyo. Pero nadie va a la cárcel por capar cochinos, guardar cabras o herrar una bestia. Por cazar, sí.

Pero si por cazar me hubieran traído, si por trincarme en el monte me hubieran apretado, preso me vería por la verdad; no que ahora, por no haberme podido trincar en el monte, por no haberme quitado la caza, la honra me quitan y me ponen de ladrón entre rejas. Es la justicia y no soy yo quien miente, pues si ella está del lado de don Gumersindo, que es el que más puede, la razón está del mío, aunque de nada sirva.

Hicieron la ley para los viejos, para los cojos, para los que no saben, ni pueden, ni sirven para la lucha del monte. No dio Dios piñones al que no tiene dientes, ni le puso colmillos a la vaca, sino tetas.

La ley nueva la pusieron contra nosotros, los cazadores. Por eso tenemos que cazar sin ley, porque la ley es mala.

La abuela de don Gumersindo sabía mucho, pero el que escribió esa ley nada sabía. Mala ley la que no echa cuenta de lo principal. El pobrecito que la escribió, hartado de vino y regalos, no podía ser un cazador y puso en el papel lo que le dijeron, sin saber lo que ponía.

Yo no soy más listo que nadie y si me pongo a dar lecciones de lo que entiendo no es por mérito que yo tenga. En esto de la carcería, no en otra cosa, tuve muy buenos pañales y un padre que heredó del suyo y de su abuelo lo que me dejaron para ser hombre: los saberes del monte.

Mi padre fue el mejor en lo suyo. No todo el mundo puede decir lo mismo de su padre y por eso no me las doy de nada. Si yo

hubiera nacido en la cuna del que escribió la ley, también sería un ignorante.

Lo que un cazador conoce, solo otro cazador puede conocer, y no es igual decir una cosa muy bien pensada por capricho de decir-la, que meterle el sentido de la vida.

Con la ley nueva en la mano, yo puedo matar el bicho del coto que sale a la cañada y no puedo matar el de la cañada que entra en el coto. Si el bicho anda a su aire, sin hierro de nadie, ¿qué cambia, de suyo, por matarlo aquí o allá?

Si lo que no me dejan es entrar con arma en lo de don Gumersindo, cuando sin arma entro, y no piso trigo, ni zahina, ¿qué daño hace el arma al campo? Si por el bicho no hago daño, porque no tiene dueño, y por el campo tampoco lo hago, ¿qué es lo que castiga la ley? Por eso digo que la ley es mala.

Yo no soy más listo que nadie pero, a lo que a mí se me alcanza, si don Gumersindo compra todas las tierras, porque le sobran los cuartos para eso y para mucho más, y pone de tablillas todo lo ancho del mundo, ¿dónde íbamos a pisar nosotros y los que hicieron la ley? Por eso la ley es mala.

Yo no puedo pisar sembrado, ni lo que tiene techo, pero todo lo que por arriba y por abajo no tiene fondo, ni obra, ni semilla, puedo pisarlo. Esa es la tierra por donde vamos los vivos y se quedan los muertos.

Yo he oído a la gente del señorío decir que don Gumersindo es un cazador muy fino y que don Senén es un cazador muy sabio. Esto es una tontera muy grandísima, la diga quien la diga. ¿Cómo pueden ser don Senén y don Gumersindo cazadores? ¿Dónde aprendieron esos saberes, si nunca pisaron el campo solos?

Cuando se mienta un cazador, se mienta el que se ha casado con la caza, no el que chicolea con ella por la reja, el que tiene ese oficio porque lo aprendió y le da de comer.

Hay quien se pone bravo cuando le dices que no es cazador, sino aficionado, porque se piensa que es un piropo que no le quieres echar. No es un piropo, es un oficio.

La Sara cura a la gente y no es médica aunque le digan la Médica. Le tiene afición a curar y hace lo que sabe. Pero la Sara no es don Celestino, que aprendió lo suyo y de eso vive. Los méritos de don Celestino son, de suyo, de lo que él es. Los de la Sara, una afición sin fundamento.

Lo malo es que la ley nueva es un empeño en lo nuestro para los que no tienen fundamento, para los que se divierten con lo que es nuestra vida.

La ley y el aficionado se piensan que la cacería es cosa como la pelota o el dominó. También los ricos se divierten con las mujeres y en ninguna parte dijeron que se debe meter preso al que se case con ellas. ¡Más valiera algunas veces!

También dicen que esto es oficio de vagos y como he de contar los trabajos que da, ni gasto más en contestarles. Pero los peores son los que, sabiendo la vida de uno, te dicen que cambies de oficio. Eso no se le dice a nadie que se haya dejado la vida en el suyo, porque lo más malo que hay, peor que fracasar con la mujer, es fracasar con lo de uno, su oficio, su trabajo.

Si yo ahora me he puesto a contar lo mío, nadie se piense que lo hago para que me tengan en cuenta de que diga, de por mí, lo que no han podido sacarme con el palo.

Yo sé que nadie se baja del burro para que el burro descanse, sino porque se cansó de ir en burro o porque llegó al final. Nada cambiaría si lo blanco fuera negro y lo negro blanco. He vivido para saber que nada tiene remedio, que las palabras son liantas y dejan las cosas como son y como serían aunque las dijéramos del revés. Hay quien gana cuartos por liar con las palabras, quien vive de ojear mentiras, porque todo dios va buscando sacar la tajada más grande. Por eso nadie busca la verdad, sino ir a su avío.

Pero yo voy a decirla y cuando lean lo que voy a poner aquí, todos estarán de acuerdo: los que me quieren y los que no me quieren. Unos dirán que me den bastonazos por escuchar lo que quieren escuchar; otros dirán que me den bastonazos por comprometerlos después que me quisieron y ayudaron. Ni a los unos ni a los otros les deseo una gana como esta mía de decir la verdad. Alguien tiene que decirla de una vez y voy a ser yo, sin pensar en mi avío, sin pensar en los otros, sino en la herencia de mi sangre que no es simiente de podenco, que hay más, sino una casta que se acaba.

Otros pueden dejar dineros, tierras, saberes; yo solo puedo dejar limpio lo que otros me ensuciaron. Por eso no diré mentira que yo invente, ni verdad que todos no sepan por dentro. Si algo cuento torcido, será porque, de suyo, nunca lo supe derecho.

Yo nunca dije mentira sino por defenderme de la mentira, ni voy a ponerla aquí cuando solo la verdad me encela.

No hay venado que dure sin echar cuernos, ni mentira que dure sin echar su verdad. La mentira que me trajo aquí echó esta verdad que cuento.

Con todas mis ganas y como sepa, pondré aquí la lucha de mis días, lo que yo escuché con mi oreja, vi con mis ojos y olí con mi nariz. No es al juez, no es a los civiles, ni al miedo, ni al palo, a quien yo hablo. Hablo a mi casta con palabras lo que a mí me habló la vida.

Todo dios sabe las razones de don Gumersindo, las de don Senén, las de la ley y la justicia, pero nadie sabrá las de Juan Lobón si yo no las cuento.

Soy cazador como lo fue padre y lo fue abuelo y toda mi sangre desde que se recuerda. La casta, con ser muy principal, no lo es todo, pues hay quien sale a ella y quien no.

Mi hermano Pepe, que fue el que me crio, hijo de padre y madre como yo, salió más, un estilo, como la gente de madre. Te-

nía saberes y facultades, pero no llevaba la cacería en el cuerpo y la dejó en cuanto tuvo oportunidad. Cazaba, pero no era cazador. El que lo es vive de eso, el que no lo es, no. En todos los oficios los hay buenos y los hay malos. Hay herrador que, bestia que calza, bestia que deja coja, y hay herrador que calza la coja y la pone buena.

En todos los oficios pasa esto menos en el mío. Aquí, el que lo hace mal, o se busca otra cosa o se muere de hambre. Con ver mucho hechío de conejo, no se come conejo, ni con ver cabra o corzo en el monte se trinca cabra o corzo. Aquí, quien pierde la ocasión, pierde el día y no se enmienda.

El Clemente, el encargado de don Gumersindo, vino esta mañana, y al verme en el cuarto dijo de broma:

—El gandano está todavía en el cepo.

Para él, el gandano era yo. Lo decía por bromear con una poca mala leche, pero me dio igual, porque el que no cace de la misma forma que el gandano, ni es cazador ni es nada. El gandano caza con hambre y con miedo, por eso lo hace bien. Ni la puntería, ni la ropa, ni las buenas piernas, dan el sentido que hay que tener.

En el monte solo viven los flacos, los que andan con el miedo metido por el culo. El ojo confiado no ve, ni la oreja escucha, ni la nariz ventea. Al cazador lo amaña el miedo a volver de vacío que es la muerte, y el miedo a la guardería que es la cárcel. El miedo enseña lo mismo a taparse del guarda en un lentisco de a palmo, que a arrimarse a una cabra subida a las piedras. El miedo enseña a llevar la sombra en los riñones, a ser como una piedra en un limpio y un tronco de chaparro en el chaparral. A eso enseña el miedo, que el hambre enseña a todo lo demás.

Padre, que lo sabía todo y también sabía leer, decía que abuelo era mejor cazador que él porque no tenía libros en la cabeza. Eso decía padre que nunca dejó el monte y que mataba cochinos con los perros y un cuchillo, sin escopeta.

Por eso es tontera pensar que don Gumersindo o don Senén

sean cazadores. ¿Dónde van sin uno, con toda su puntería, sus botellas de agua, su asiento y tantísima pamplina? De mí sé decir que nunca aprendí nada de nadie que llevara las uñas limpias. Pues, ¿y las cosas que ponen ellos en los libros?

Una vez fui con un señor, de otro país que no el nuestro, a las nutrias. Las aguardaba en las aneas, allá en la laguna y, noche que venía él, noche que echaba a perder la espera. Yo le decía:

—Usted no para de moverse y de respirar fuerte. Así osea usted la caza.

Era hombre de edad con una exageración de amor propio, y yo me pensé que le cayó malamente escucharme decirle aquello. Pero me contestó:

—Los santos y los cazadores podéis guardar silencio. Yo soy un viejo con los bronquios estropeados.

Lo que dijo tenía muchísimo sentido. Hay que pasar las fatigas que uno pasa para saber aguantarse creyendo que la cacería va a sacarle a uno las miserias.

Entonces le conseguí yo quince pieles, cosa que Manolo, el de la Casa de Postas, podría decir, pues él las mandó curtir.

Soy cazador como soy moreno, como la Sinta es bizca. Bueno o malo, es lo mío y apechugo con ello. Además, ¿qué otra cosa podía ser yo? Se engancha el mulo al carro y tira. Yo soy un mulo contento con su carro, y sé muy bien que, quitando el oficio de médico, que es el que hay que respetar, los demás todos son peores que el mío.

Hay oficios macho y oficios hembra. Oficios que van dando: cazar, sembrar, curar; y oficios que van tomando: guardar, limpiar, divertir.

Para un tío que hace algo, hay cuatro que chupan. Porque yo cazo, hay guardas en la Zarza, y hay guarda en Cabañigo y en el Tarajal, hay civiles, hay juez. Porque Miguel hace pan, coge espárragos o amontona huevos y anea, hay un recovero,

hay un puesto en la plaza, hay guardias civiles y hay juez. Porque Vitilo labra la tierra y siembra su grano, hay camioneros, hay marchantes, hay tiendas de montañés, hay civiles y hay juez.

Hay oficio de médico, como don Celestino, que donde pone la mano la pone Dios; y hay oficio de esos de los pleitos, como don Senén, que sin ellos nada se perdía, y donde ponen la mano todo se caga.

Así tendrá que ser porque así ha sido siempre, pero el que tiene oficio hembra que nunca quiera montarse en el que tiene oficio macho. Que un guarda, cuando cumpla con lo suyo, cumpla bien, busque al cazador que le ensucia el campo, pero que nunca olvide por quién come. Cariño le tengo yo al conejo que trinco y al que se me va, porque de él como.

Don Gumersindo tiene su guardería, pero cada vez que quiso palmear el vedado, me puso a su vera. Si yo no hubiera entrado al vedado, ¿cómo podía conocerme las querencias, los viajes, los corredores, dónde parió la cochina y cuántos rayones se cuajaron en el Berrocal? Si me quiere a su lado porque soy cazador, ¿cómo quiere que lo aprenda quedándome en lo mío?

Aquí me han traído por lo que no hice y aquí me tienen por lo que no saben. Me llamaron ladrón cuando se hartaron de llamarme furtivo sin que nadie me tomara los vientos en el campo. Se hartaron de tenerme miedo, no porque me echara la mula a las espaldas, sino porque sabían que yo podía más que ellos en el monte. Me han querido avergonzar por lo bueno que he hecho y por lo malo que hice sin saber.

Yo no digo que tenga mérito para que ellos me apreciaran, pero ellos eran muchos, todos con mucho poder, muchos cuartos y mucho en la cabeza. Les jugué sucio cuando sucio me jugaron, y limpio cuando me jugaron limpio. Si les calenté la cabeza fue porque antes me la calentaron a mí. No es que yo lo diga por nada, que es la verdad, que a mí de chico me quiso todo el mundo y, por eso, queriendo a todo el mundo me crie. Después,

nunca me gustó hacer nada dañino, y el daño que hice fue para dejar bien pesadas las cosas: a cada cual lo suyo. Tuve que llegar aquí a este cuarto para ver lo poco que me querían, las ganas de hacerme daño que tenían todos.

—Si te vemos en la sierra vas a perder los dientes —me decía el cabo.

Yo iba a la sierra y no perdí los dientes, aunque ahora me los hayan reblandecido a cuenta de lo que no he hecho.

Don Senén, que él y yo somos como el búho y el águila, que ni en retrato nos llevamos bien, vino aquí a mojar sopas y a decir que me defendía. ¿Qué va a defender él, que ni es capaz de defenderse de los pinchazos de una carrasca?

Uno puede caer y apoyarse en quien sea, no siendo una mujer o una criatura, pero ¿apoyarme yo en don Senén? Todo lo malo de mi vida tuvo su fato, y mal bajío negro tendrá lo mío cuando él se me arrimó a decir tonteras, después de hacerme todo el mal que supo.

Aquí, como en el monte, siempre estaré solo porque esa es la estrella que me ha tocado. Uno está tan hecho a estas cosas que hasta le sabría mal dejarse echar una mano.

—No te apures, Juan, la razón está de tu parte.

Sería como llegar a la Zarza, toparse con los guardas y que le dieran a uno los buenos días.

—Quedarse con Dios, Felipe y Amalio, voy a ver esos venados que este año andan en las guías.

La vida así no tendría enjundia.

Y ahora que he dicho lo que tenía que decir, voy a apuntar aquí que eso de caza mayor y caza menor son las clases de cacería que la ley y los libros pusieron para los aficionados y los papafritas. Al cazador solo le queda la caza peor, que es de la que voy a contar unas pocas de cosas.